

Padre, cual fué el de sembrar la desconfianza y el desamor entre algunos de sus hijos, poniendo en inminente riesgo el espíritu y la vida misma del instituto. Y ¿cómo atraviesa por tan duras pruebas el infatigable apóstol de la educación? Con ese valor que no le falta nunca; con esa serenidad que está pintada en su semblante, y es fruto de su espíritu de fe, de su confianza en Dios que no conoce límites, de su ardiente caridad, vaciada en el molde de la caridad apostólica. *In signis et prodigiis...* ¿Á qué buscar otros milagros que los que brotan á cada paso de una fe tan viva y vigorosa como la del insigne La Salle? ni ¿para qué señalar una á una sus virtudes, siendo universal modelo de todas las de su estado, como digno émulo de la caridad de aquel que pudo asegurar: *Impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris*<sup>1</sup>? De ahí nació aquel abrazar en el seno de su caridad, no sólo á los pobres, sino á toda suerte de necesitados, y admitir á su enseñanza á jóvenes nacionales y extranjeros, precisamente los más indóciles é incorregibles, porque verdaderamente no está satisfecha su grande alma hasta no hacerse todo para todos: *Omnibus omnia*<sup>2</sup>. Por eso, además de atender á las escuelas primarias, como á su objeto primordial, no omite nuestro Santo fundar escuelas de comercio, dominicales, normales, correccionales y pensionados, según las necesidades que ya en una, ya en otra parte se presentan. Á nada, en fin, se niega de cuanto entiende que puede contribuir á la felicidad de su amada juventud. Pero aun hace más que todo eso, según paso á demostraros en la segunda parte.

<sup>1</sup> 2 Cor. 12, 15.

<sup>2</sup> 1 Cor. 9, 22.

## II.

7. Lo que más falta hacía en todas partes, lo que más escaseaba en el siglo XVII, no eran precisamente las escuelas, sino los maestros. El gran problema de la enseñanza gratuita del pueblo se planteaba por doquiera, y el celo de la Iglesia, adelantándose á los esfuerzos del Estado, aprestaba su actividad y sus recursos para darle la deseada solución. ¿Por qué, pues, escollaba empresa tan benéfica? ¿cuál era la dificultad insoluble con que se tropezaba? Yo os lo diré, cristianos oyentes. Era la de hallar institutores adecuados á las necesidades del magisterio elemental. Ya fuese por ignorancia, ya por defecto de cualidades morales, ya por cualquier otro motivo, aseguran los historiadores que apenas se encontraba en parte alguna quien pudiese hacerse cargo de una escuela primaria á satisfacción de la sociedad. Maestros, es verdad que los había, pero no tales como era menester. Oíd á un celoso eclesiástico de Francia, que escribía por aquellos tiempos en estos términos: «Para formar escuelas útiles al cristianismo sería preciso tener maestros que trabajasen en este empleo como perfectos cristianos, y no como mercenarios que miran este oficio como una triste profesión, como un miserable recurso para ganarse la vida. De buena gana mendigaría yo de puerta en puerta para asegurar la subsistencia á un verdadero maestro de escuela...» Por eso, pues, fracasaban casi siempre las mejores empresas de este género. Porque ¿de qué servía abrir escuelas para ponerlas en manos de maestros mercenarios é ineptos? Ved aquí, hermanos míos, la obra magna y verdaderamente apostólica de San Juan Bautista de la Salle: la fundación de un Instituto que proveyese perpetuamente á la sociedad de un elemento tan necesario como

raro, esto es, de sujetos capaces de regentar escuelas modelos, escuelas según el ideal cristiano. Por esta admirable institución bien merece el glorioso Fundador el tributo de eterna gratitud de todo el género humano. El mundo entero debería aclamarlo benemérito de la humanidad.

8. Para poder apreciar la grandeza de esta obra, reflexionemos siquiera por algunos momentos sobre las dotes constitutivas de un maestro digno de este nombre venerable, de un maestro tal como lo concibió y acertó á formar en sus preclaros discípulos el gran Apóstol de la enseñanza cristiana. Salta á la vista la dificultad de adquirir ese cúmulo de prendas y disposiciones naturales y sobrenaturales que pide el magisterio. Ante todo se necesita una virtud que eleve al hombre muy por encima de todas las consideraciones de orden natural. Por lo mismo que son tan modestas las funciones á que ha de consagrar la vida entera, y, por otra parte, tan duro el trabajo y la ocupación tan saturada de sinsabores y amarguras, hácese indispensable un fondo de sólidas virtudes, humildad, abnegación y desprendimiento de sí mismo, como sólo pueden inspirarlo el espíritu de fe y la caridad de Jesucristo. Porque para trabajar útilmente en la formación del niño, aun más que conocerlo, es preciso amarlo, pero amarlo de veras en Dios y para Dios. ¡Ah! dice un notable panegirista del Santo, no es posible ponerse en contacto con esta planta preciosa y delicada, con esta joya del cristianismo, la niñez, sin haber antes purificado el corazón, sin haber sentido agitarse dentro del pecho ese sentimiento sagrado y religioso que constituye la paternidad espiritual<sup>1</sup>. Esa

<sup>1</sup> *Mattignon S. J.*, Panegírico de San Juan Baut. de la Salle.

ardua empresa no daría resultado alguno á quien no aportara á ella una consagración totalmente desasida de intereses terrenales. ¡Ay del Instituto y de la institución cristiana el día que penetrara en el corazón del maestro el soplo del espíritu secular, incompatible con el sacrificio absoluto que exige de él su sagrada misión!

Pide, pues, una obra de esta naturaleza el concurso de almas generosas, templadas en la fragua de la caridad, inaccesibles á mundanos halagos y respetos de carne y sangre. Pide ¿lo diré de una vez? almas voluntariamente separadas del siglo, y unidas estrecha é indisolublemente con Dios por medio de los suaves lazos de la profesión religiosa. Sobre todo, oyentes míos, si se trata, no de formar un maestro aislado ó una docena de hábiles profesores, sino un cuerpo docente, un cuerpo compacto y homogéneo que trabaje en la educación en grande escala, que abrace en su labor todos los tiempos y todos los lugares; ¡oh! entonces se hace forzoso, en primer lugar, contar con una vocación bajada del cielo, la cual predisponga las almas á renunciar para siempre á todas las satisfacciones que seducen á los hombres, y abrazarse con la pobreza evangélica, con la perfecta castidad y la obediencia heroica de toda la vida. Después de esto habrá necesidad de cultivar y desarrollar esa misma vocación, y no por pocos años, por medio del retiro, la oración, el estudio y mil variadas experiencias, antes de aceptarla de lleno para edificar sobre ella, como sobre firme y estable cimiento, el edificio majestuoso de la escuela cristiana.

9. Y veis aquí plenamente descubierto el plan grandioso del santo Fundador, plan más que suyo, de Dios que gradualmente se lo fué inspirando para llevar á perfección la grande obra de la Providencia. Era, pues,

urgente que el Santo se consagrara de preferencia á formar con sus propias manos estos nuevos institutores-modelos. Hízolo así; y en esta delicada ocupación, que fué para él la más importante de todas, supo hallar copiosa fuente de santificación para su alma pura y elevada. No tardó, pues, en abrir noviciados en la misma forma y con el propio objeto con que los instituyeron los demás inspirados fundadores de órdenes religiosos, antiguos y modernos, el de crear verdaderos seminarios de maestros cristianos, esto es, semilleros donde, en completo alejamiento del mundo y de los hombres, recibieran los adeptos las primeras semillas del espíritu del Instituto, que, con el rocío del cielo y la lluvia de la oración se nutriesen y desarrollasen hasta formar robustas plantas, ricas de savia celestial y aptas para producir sabrosos y abundantes frutos. Los nombres tan dulces para vosotros de Vaugirard y San Yon os recuerdan, carísimos hermanos, vuestra gloriosa cuna, perfumada todavía con la fragancia de las lecciones y los ejemplos de vuestro santo Fundador y Padre: sí, de sus ejemplos, aun más que de sus palabras, aunque tan llenas éstas de sabiduría y celestial consejo. Porque, á la verdad, Juan Bautista no sabía ser maestro de novicios sin hacerse novicio con los piadosos jóvenes á quienes enseñaba y adiestraba en el ejercicio de las virtudes religiosas, mayormente de la oración y mortificación que, sin poder nunca igualar, esforzábanse por imitar los buenos hijos, aguijoneados de santa emulación. Así fué como logró imprimir profundamente en el corazón de su Instituto aquel espíritu de fe, de humildad, celo y adhesión firmísima á la causa de la Iglesia, que las vicisitudes de los últimos siglos no han sido parte á desvirtuar. ¡Oh! ¡plegue á Dios que, como vivamente

lo desea el reinante Pontífice, y os lo ha manifestado en ocasión solemne<sup>1</sup>, florezca de cada día más entre vosotros ese espíritu de vuestro ilustre Padre, de que tanto necesitáis en los tiempos difíciles que corren! El aire de indiferentismo religioso, que sopla en el mundo, podría penetrar también en vuestras casas; y, aunque no llegara á desviaros del norte de vuestra santa vocación, podría resfriar en vosotros el celo de la santificación de vuestros discípulos, y — lo que fuera más funesto — el ardor de vuestra propia santificación.

10. Mas no sucederá así, lo espero firmemente, toda vez que Juan Bautista de la Salle, vuestro glorioso Padre, colocado en los altares y ceñidas las sienes con la aureola de los santos, velará por vosotros, y en la presente ocasión os ha de obtener la efusión sobra-abundante de su espíritu y una copia de auxilios sobrenaturales con que podáis igualar, si es posible, la santidad de la vida con la alteza de la vocación. De esta suerte vuestro hermoso y benemérito Instituto, que vosotros, en vuestra humildad, consideráis como el menor de todos, y que León XIII considera como uno de los más distinguidos de la Iglesia, prestará cada día mayores y más señalados servicios á la causa de la educación cristiana, que es la gran causa de la sociedad en América y en Europa, y seguiréis mereciendo el renombre con que os ha honrado el supremo Jerarca, de «valientes capitanes de la milicia de Cristo».

Recibid, pues, en esta ocasión tan solemne para vosotros, ¡oh hijos del gran Juan Bautista de la Salle! los ardientes plácemes con que de todo corazón os felicitamos los que tenemos á dicha trabajar en el mismo

<sup>1</sup> Audiencia del 23 de enero de 1893.

campo que vosotros y para gloria del mismo Padre de familias. Vosotros y nosotros somos obreros de la misma viña. Vuestros ejemplos de abnegación y celo nos estimularán en el trabajo. Vuestro bienaventurado Padre, sentado en el coro de los Fundadores, nos dispensará también las gracias que hoy, con vosotros, ardentemente le pedimos. Él bendecirá á Sud-América, á Colombia, á Bogotá, y á cuantos aquí toman parte en sus festejos y celebran la gloria de su canonización. ¡Bendiga especialmente al ilustre Pastor de esta Iglesia, á quien debe una gran parte de la juventud bogotana la dicha de ser educada por los hijos del ínclito San Juan Bautista de la Salle!

#### PANEGÍRICO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

#### Nuevo género de santidad de Ignacio, y nuevo carácter de su Instituto<sup>1</sup>.

Ego novissimus evigilavi, et quasi qui colligit acinos post vindemiatores: in benedictione Dei et ipse speravi; et quasi qui vindemiat replevi torcular.

Fué el último en levantarme y como quien va á la rebusca después de los vendimiadores: también yo esperé en la bendición de Dios, y llené mi lagar lo mismo que el que vendimia.

Ecclesi. 33, 16.

1. Decir algo nuevo, algo capaz de llamar vuestra atención, oyentes míos, tratándose de un héroe cristiano, de un gran Santo, de un Patriarca ilustre, en cuyas alabanzas dijérase haber agotado los recursos de su elocuencia los Segneris y Burdalúes antiguos y modernos,

<sup>1</sup> El tema y los argumentos están tomados del célebre abate *J. Luis Pellegrini* S. J. El panegírico no ha llegado á predicarse.

es ciertamente poco menos que imposible, y no parece que debiera empeñarse el orador sagrado en tan desesperado y vano intento. Mas por otra parte, ¿cómo renunciar para siempre al deseo, no ya de atraer el popular aplauso, sino de ver añadida alguna nueva flor, ya que no sea un nuevo brillante, á la corona del amadísimo Padre por la humilde mano de uno de sus hijos, el último sí, pero no el menos apasionado, hoy que la obediencia me obliga á ocupar este púlpito en defecto de más digno panegirista de San Ignacio de Loyola? ¿Sería justo que yo me limitara á repetir simplemente, con leves variantes de forma y de lenguaje, los magníficos elogios que tantas veces, en el transcurso de cerca de trescientos años, resonaron aquí mismo, rememorando hechos heroicos, portentosos, pero conocidos de todo el mundo, hasta en sus menores detalles? No lo tendríais á bien, devotísimos oyentes; y yo debo corresponder á vuestra expectación satisfaciendo juntamente mis deseos.

2. Ni creáis que es tan difícil el intento como á primera vista lo parece. En efecto, si miramos la magnitud, la belleza, la riqueza del asunto, esto es, la perfección moral y la importancia social del insigne personaje cuyo elogio nos ocupa, ¡á cuánta variedad de aspectos no se presta, lo mismo para el artista que para el filósofo, así para el pensador profano como para el orador sagrado! ¿Podrá creerse agotado un venero tan inagotable de alabanzas y, lo que más es, de edificación y doctrina? Mas no es ésta precisamente la consideración que me permite esperar alguna vislumbre de novedad en el presente panegírico; es, notadlo bien, la originalidad misma, acaso no bastante meditada, del carácter de nuestro Santo, es la novedad de su grande